



EL TEMPLO DEL APOSTOL SANTIAGO EN MEDINA DE RIOSECO.

La arquitectura, hemos dicho más de una vez, fué por mucho tiempo la expresión del pensamiento humano. Por eso las construcciones monumentales reflejan el espíritu de cada época. El arte es el símbolo gráfico, la fisonomía psicológica de la sociedad. Cuanto más analizamos esa significativa combinación, conforme se aumenta el radio de los estudios, tanto más de armonía tiene aquel idioma misterioso y filosófico. Mentira parecería, si no estuviese en evidencia, que pueda la piedra fuerte ser consagrada en fecundo emblema, en intérprete fiel de las más elevadas abstracciones de la civilización. Pero ¡tan poderoso es el genio; tan pródiga la inspiración!

Cada obra del artista lleva en consecuencia la filosofía vital. Y no solo esto. Su conjunto es la fórmula sintética de una idea. Y cada cual de sus detalles una letra de la gigantesca inscripción. Allí nada hay á la ventura, nada vago ó incoherente al pensamiento absoluto. Todo es necesario y oportuno. Podría el edificio ser comparado á una máquina, donde cualquier cilindro, la menor rueda, forma parte de su función; á una sinfonia grandiosa, en que cada relieve es un compás, cada pieza de granito una nota de indispensable efecto; al cuerpo humano, en fin, que no existe en su prodigioso complemento sin la concurrencia simultánea de todos sus miembros. Por eso el carácter típico de estas obras es la unidad, la pureza exclusiva de su generación. Desde el ábside hasta el pavimento, la misma en sus bases que en los arquitecónicos todo debe ser homogéneo y coherente, al modo de un árbol donde no se ha insertado rama de di-

verso matiz. Cualquiera violación de su originalidad es una superfiliación profana, una mezcla bastarda de familias y tradiciones.

No podía ser de otro modo. El arte es un idioma, el edificio un libro, la forma un pensamiento. Desfigurar sus tipos, trastornar sus elementos, es lo mismo que intervenir en la lengua dialectos impuros, que ingerir en el album páginas disímiles, que destruir la armonía de la idea con heterogéneas é inaplicables adherencias. Ved aquí por qué la unidad fué desde la cuna del arte el núcleo de sus obras. En Egipto se las distingue por su pesadez ó inmovilidad; en la edad media de Europa por su fantástica y caprichosa originalidad, reflejo vivo de la escentricidad feudal; y los antiguos griegos, idólatras de la armonía, hicieron de sus templos y obeliscos una belleza geométrica, donde la imaginación estaba normalizada por el módulo y el compás.

Peró la unidad compleja, ese principio cardinal, esa concordancia profunda del edificio, al tenor de su significación social, hubo de sufrir, como todas las reglas generales, sus excepciones y trastornos. Ya porque faltara el autor de la idea durante su revelación sobre el mármol y la pizarra; ya porque la escasez de recursos no proveyese á la grandeza de la concepción, acháque muy común en aquellas obras arquitectónicas; bien por el trascurso de los tiempos, ó por la sobrevención de nuevas vicisitudes sociales, lo cierto es que varios monumentos son un contraprimordio para la unidad típica y sacramental del arte.

Hay en verdad construcciones singulares que son el Proteo de la fábula, un prisma de cien colores, un ramillete pintoresco de inconexos matices, un mosaico de energicos y misteriosos contrastes. Nada mas bello sobre este punto que las poéticas palabras de Viollet Hugo al frente de la catedral de París. Bien conocidas son del mundo inteligente para que nos aborremos su reproducción. Pero no puede explicarse con mas vigorosas pinceladas, con mas elevacion de criterio y mas filosofia de genio el fenómeno artistico.

Sobre esto puede suscitarse una delicada controversia. Es heterogeneidad ¿es un nuevo tipo de belleza? Problema es, por cierto, que para ser resuelto necesita de grave ensayo ilustrada discusion. Y como en el presente artículo no es posible empeñarse en ella, haremos de omitir nuestro juicio facultativo, ateniendonos tan solo á los efectos visibles sobre el objeto artistico del actual proyecto.

El templo del Apostol Santiago, cuya vista interior acompaña al presente trabajo, es uno de los edificios mistos, una de esas construcciones híbridas, que forman excepcion indefinible contra la unidad tipica y generadora. Esta es, en efecto, la mas importante singularidad entre las grandes circunstancias de su singularidad.

Figúrense los curiosos un edificio alargado, cuyas cuatro faces, mas bien que partes de un mismo todo, parecen fragmentos inadherentes de diversas creaciones, amalgamados en un compuesto multiforme, á pesar de los siglos que separan su formacion. Aquí las eslorescencias de la imaginacion gótica le presentan cual un templo de las Cruzadas; allí los delirados recortes y puras fantasias sobre el fondo griego nos hacen disfrutar la época plateresca en su ideal mas bello; en otra portada se despliega una decoracion clásica con acantos de Corinto y pedestales áticos, que respira el perfume del renacimiento. Y si penetran en el fondo de la gigantesca y magestuosa casa de Dios, sentirán una impresion inefable al considerar las aéreas elipses del agrio septentrional sobre inmensos pilares imaginados á la ventura sobre la magestad dórica y la belleza romana.

Visto por tan diferentes perspectivas, aparece con cada cual la imagen de una civilizacion singular, y hiera la imaginacion una séria de ideas y de impresiones que no tienen de común sino la influencia sucesiva de unas sobre otras épocas. Así es que no acertamos á definir filosoficamente esta construcción; porque si cada reinado de vario tipo hubiera tenido origen en su tiempo, fácil era colegir la complejion gradual del conjunto. Pero no es eso. Lo anómalo y trivial es que el templo parece pertenecer en su obra á una sola época, la del renacimiento. Y bien ¿cómo el arquitecto, en lugar de un edificio greco-romano, llano de armonia y unidad, trazó esa mole ataviada con tan diferentes galas, y sellada con el sobrecito de tantas razas?... No lo acabamos de comprender; ni aun como un capricho, como un sueño del artista puede explicarse tanta singularidad. Los hombres del arte en aquella época eran exclusivistas, fanáticos por la arquitectura clásica. Hubieran tenido cual un desafío y sacrilega profanacion la mezcla de las bizarras germinaciones con los austeros lineamientos, la libertad multiforme de la elipse con la pauta dogmática del hemicírculo, y hubieran lanzado al profano del seno de la iniciacion artistica, como en lo antiguo se expulsaba al extranjero impuro que penetraba con intruso rito en los sacerdotales concilios de Eleusis. De manera que el templo es en casi todos sus aspectos un joven con fisionomia de anciano, una evocacion solitaria de la antigüedad iluminada con los modernos resplandores.

Su descripcion á grandes rasgos auxiliará para la inteligencia de nuestros discursos.

El recuerdo mas alto de su origen no se remonta mas que hasta el año de 1645 en el libro de fábrica mas antiguo que existe en el archivo, y en el se halla una cantidad de 49,856 mrs. « gastada en abrir el banco de la cantera de Buena-Vista. » Este hecho prueba dos cosas. Primera; que en su fecha la Parroquia ya estaba constituida formalmente, con fundos, administracion y culto. Segunda; que antes de la fábrica actual habia otra para el servicio parroquial, que fué sustituida por aquella. Tenemos otra razon para pensar así. Es la hórveda de la sacristia perfectamente gótica, guarnecida de aristas y florones. Este monumento, que se eleva lo menos al siglo XV, fué á nuestro juicio un pequeño santuario, donde debió recibir culto el Santo Patrono, y ser erigida primitivamente la parroquialidad. Ciertó es que hay en aquellos muros una cifra de 1565; pero esto significa que fué reparada en tal tiempo, como lo demuestran las paredes exteriores, que contrastan bien con el color, traza y corte de los sillares interiores, y las ostensibles introducciones de la moderna silleria; y por último la forma de los guarismos árabes y la del cascaron gótico establecen claramente entre ellos la diferencia de mas de un siglo.

Esto sentado, la obra general del templo nuevo debió empezar por el primer tercio del siglo XVI, y no se ha concluido aun, ni es probable se termine jamás. No existen los planos ni las memorias de

los arquitectos. Las hórvedas son del año 1675, y construcción del maestro Felipe Berrojo, que tenía un gusto muy recogido para la exornacion. Los florones y targetas que las esmaltan fueron vaciados en 1675 por el artefacto Lucas González, su precio y coste de 15,000 reales los primeros, y 1,800 los segundos. Y el dorador Antonio Tellez enlució las hórvedas por 5,855 rs., que añadidos á 18,550, coste de su fábrica, las elevan á un gasto total de 22,185. Los columnas cubos del testero tienen la fecha de 1607. La fachada plateresca del S. es obra de 1566. El difícil arco del bajo coro fué construido en 1628, y en el siguiente la escalinata que sube al coro alto. El citado profesor Berrojo trazó la torra existente, erigida en lugar de la primitiva, que se arruinó en 1663, siendo terminada en 1676 bajo la mano del maestro Obregón. Y por último, el átrio principal fué fabricado en 1732. ¡Vease, pues, la obra durante el transcurso de dos siglos y medio! ¡Cuánta fe y cuánta perseverancia! ¿Y qué diemios de la piedra de nuestros abuelos y antiguos conciudadanos, á cuyas lindezas y generosa mano se debe esta construcción colosissima, en auxilio de los fondos parroquiales?... Hay que todo lo que vemos al vapor, apenas se concibe esa constancia en un objeto cuya consagracion pasaba de padres á hijos cual herencia de honor y de respeto! Ahora que apenas tenemos para disipar en afueras gustos, ¿cómo explicar aquella insondable largueza de caridad? ¿Qué contraste ofrece el fútil positivismo de nuestras vanidades con aquella expansion del sentimiento cristiano del hombre!

Dejemos, pues, las reflexiones para los espiritos graves, y fijemos otra vez los ojos en la morada del poseedor de Genezael, á guisa de fieles y entusiastas pintores.

La planta general del edificio es un perimetro cuadrilátero, semiangular por su parte superior, y rectilíneo en la inferior. Aquella curva está formada por tres cubos gigantescos, obra magistral por su grandeza y esquisita ejecucion, que fija la atencion de los artistas. Tres portadas prestan ingreso al seno de la obra. La del N. hace una perspectiva gótica del mejor tipo. Forma su luz un arco menor, flanqueado por dos robustas agujas cónicas que se enlazan en el segundo tramo con la graciosa decoracion, cuyo rico dibujo esmaltado de filigranas, encajes y delicadas invenciones, está adhirido al colosal muro cual una mariposa trasparente y frágil al tronco sombrío de un rubio poderoso y arrogante. Por esta parte estamos al frente de un pórtico de los tiempos caballerescos. Mas si, atravesando el espacio de N. á S. nos establecemos sobre el vestibulo cuadrangular, guarnecido de verjas y leonistas pilastras, el teatro muda de aspecto. Hemos llegado de un vuelo al interregno entre la antigua y la nueva edad; nos vemos contemplando la época artistica de Egas y Cobarruvias en una fachada plateresca, de tan buen gusto como hábil desempeño. Alzada sobre el basamento una galeria cerrada sostenida por columnas incrustadas en la pared, sostiene otro cuerpo más largo, terminado con graciosa sencillez por un frontis angular, de cuyo fondo surge la grave figura del Eterno en actitud de bendecir á los fieles. Ocupan los intercolumnios las estatuas de los cuatro Evangelistas, esculpturas, como las anteriores, de buena mano, pero bárbaramente mutiladas por el vandalismo de las tropas francesas cuando vinieron en vano con su grande hombre á arrebatarnos nuestra independencia. ¡Y decian que nos iban á civilizar!... El Apostol se halla representado tambien; mas este bello de escultura es gótico, según la dureza de sus paños, el amaneramiento de sus formas, la poca fuerza de sentimiento que revela su ejecucion. Tambien hay allí un bajo relieve anterior á los buenos tiempos. Las columnas, los arquivadros y todos los constitutivos de la obra están bordados de flores y adornos, donde compete el primer de la mano con la gracia del dibujo. Hay en la exornacion mucha pureza y excelente inteligencia; cuyas dotes, unidas á la elegancia del conjunto y de los detalles, hacen de esta vista una belleza en su género.

Pero el encantador con su titanesco poderoso transformó la perspectiva. Y cual si en alas del viento nos hubiese conducido á la linea occidental del templo, despliega allí un panorama que no se podía esperar. Los tiempos de la arquitectura gentil han renacido. Ved ahí una lineosa cortina de sillera, dividida verticalmente en tres zonas correspondientes á las naves interiores. Las laterales son de estrambada sencillez, decoradas con dos órdenes de pilastras toscanas. La central forma para el primer cuerpo un peristilo resaltado, de orden corintio. Flanqueándole dos pilastrones que sirven de fondo á una línea de hermasas y fuertes columnas pareadas, que sostienen el arquivadro sobrepuesto de archa fidei, donde se destacan los vigorosos modillones del vasto cornisamento. En el intermedio de la columna se rasga la puerta principal, guarnecida de dobles jambas, y coronada por una timpana esférica. El segundo alto se sigue en la idea y distribucion, aunque pertenece al órden compuesto. Y en su centro, sobre una gran ventana ornada de listones, se eleva un nicho de traza dórica, ocupado por una imagen del Apostol, bien esculpida, en piedra, y de colosales proporciones. Cuatro lucernas semejan-

tas á la central, y coronadas por la cruz militar de Santiago, resaltan el decorado general. Debíó tener además dos torres sobre los cuerpos laterales: pero sólo existe el primer cuerpo de una, sobre el ángulo del N., y hace un imponente cuadrado de toscano gusto, cubierta con un tejado piramidal. Falta, pues, la aguja de esta torre, toda la del opuesto lado, y el gran frontispicio que debería coronar la zona griega del intermedio, la cual tiene en su segunda alzada el defecto de mala proporción en las columnas. Se conoce aquí la decadencia del arte, que siguió al renacimiento. Sin embargo, esta fachada es magestuosa y noble, teniendo la singularidad de estar en ella los cuatro órdenes clásicos, sin destruirse ni perjudicarse: antes formando buen efecto de contraste y rica combinación. La severidad es el carácter, el sello distintivo de esta decoración.

Entrad ahora en la basílica del *Río del trueno* por la sombra y aplastada bóveda del bajo coro, que hace el efecto de un antejo sobre el iluminado espacio de las gigantes casaves. Ahí tenéis una reminiscencia sinéctica, el compendio abreviado de las épocas célebres del arte. La cimbra ogival de los arcos algo desfigurada de su tipo familiar por el arranque prolongado de las elipses; las bóvedas montañas sobre ellos que, en lugar de la donudez tontónica, están bordadas de profijos estucos arabescos; los pilares colosos de granito, que, si en sus cañas, á guisa de apladas fascas, recuerdan los machogros góticos, llevan en sus cortinas y bocales el corte moderno; el arco romano del coro, contrastando con la portada, al gusto medio, de la sacristía; el corte general de vetusta apariencia, revestido de cierta pintura moderna; la imaginación y la simetría; la vaguedad con la precisión; el genio inspirado junto al arte pintado... todo esto, en fin, hace un conjunto tan singular, tan admirable é imaginario, que causa la fatiga sin dar espacio al exámen, y le cede la pretensión del criterio ante la impresión del alma, y al artista ante el poeta.

Cincharémos ya con alguna observación. Este monumento insigne, de quien hemos dicho en otro lugar que « causa el efecto de una estátua antigua restocada de nuevo y flamante colorido, » es una especie de museo, donde todas las escuelas del arte tienen su alarde, un registro secular en que se lee la firma de todas las razas célebres; un arco triunfal elevado á la gloria de todas por la piedad opulenta de estos viejos castellanos. Quizá su idea primitiva se debió á las últimas aspiraciones del arte ogival, según lo indica la disposición de su planta y formas generales, con su testero oblongo, sus muros flanqueados por pilástricos, al tenor de las que suelen sostener los báculos de nuestras catedrales, y su fachada absoluta en fin. Por ventura la puerta gótica del N., conligna á la sacristía, fuere el principio de la construcción. Pero transcurridos años, y sobreviniendo nuevos gastos, los arquitectos, sin mirar al trazado fundamental, variaron la parte del adorno, amoldando nada uno al gusto de su tiempo la concepción fundamental. Es decir, que aquel modeló la estátua y estos la fueron revistiendo sucesiva y parcialmente el traje de variados tiempos. La forma esencial quedó la misma: los detalles variaron con las bases de la civilización. Y al cabo de casi tres siglos tomó en esta leal tierra un altar de gloria y magnificencia el hijo del Zebedeo, el Apóstol de Clavijo, el número total que guió tantas veces con su nombre al campo de victoria las caballerescas mesadas de nuestros abuelos, cuando arrojados á lauzadas de las sangrientas manos de Mahomad los pedruzcos de su herencia, nos conquistaron la patria, la libertad, y un nombre sin igual en los anales humanos, que vivirá mientras el sol de los héroes ilumina las esteras de la inmortalidad, y producen eternas flores las palmas del honor.

V. GARCÍA ESCOBAR.

De la edición primera fabricada, compuesta y aderezada en casa de los editores Gaspar y Roig para confusión de Harro y de Mouton y de todos los impresores que ha tenido y tiene el mundo.

ARTÍCULO II.

Dijimos en nuestro artículo anterior que la edición de la historia de España del jesuita Mariana publicada por los señores Gaspar y Roig, á pesar de las pretensiones insuditas con que fue anunciada, carece de los principales elementos y condiciones que constituyen una edición primera, ó siquiera una edición mejorada. Probamos esto diciendo que su estudio tipográfico era excelente con mucho en otras ediciones, y citamos como ejemplo la de Mouton de Valencia, la de la Real Biblioteca, y aun hubríamos podido citar la de Seneña, la de Benito Cano; y en cuanto á pretensiones ya dijimos que en muchos de estos siglos cambiados los tiempos y las cosas, á trueque de que no aparezca ningún suceso notable en el de los tiempos, en que trages y armas son completamente desconocidos, sin representación en las armas, también habríamos de la vida del Padre Juan de Mariana que

precede á esta edición, obra de escaso mérito, y entrando á tratar ya de los anotamientos puestos á la Historia por los editores, dijimos primeramente que faltaban en los puntos más esenciales, para aparecer numerosas é importantes allí donde ninguna necesidad había de ellos. Hoy vamos á proseguir en esta materia de anotaciones, que es por demás curiosa, y da á conocer á pocos ejemplos cómo y de qué manera ha sido *variada ó ilustrada* por los señores Gaspar y Roig la historia de España del Padre Mariana.

¿Qué debían proponerse con estas *ilustraciones* y anotaciones los nuevos editores? Corregir habes los errores de Mariana, suprir todas sus omisiones, aclarar las citas y poner bajo un verdadero punto de vista los hechos desfigurados por el autor. Si esto no ¿qué habian de significar tales notas? Ya de antemano se habían publicado otras ediciones del Mariana con notas, y notas verdaderamente sábias y oportunas; pero en lo que va de siglo, y á pesar de las calamidades de los tiempos, han adelantado mucho los estudios de nuestra historia, merced á los esfuerzos de la Academia, y á la laboriosidad y talento de algunos particulares. Faltaba y falta aun una edición de Mariana, que recogiera los más preciosos de estos adelantos y se hiciera cargo de todos ellos para enmendar el texto en cosas que no pudo evitar el sabio Jesuita, dada la época en que escribió su historia. Y no hay duda en esto: ó el autor á Mariana, trisa consigo semejante obligación, ó era inútil y acaso perjudicial que se le anotara. Obra es esta que no debe mirarse sino bajo dos conceptos; como un monumento de alta estimación literaria por las prendas incomparables de la narración y del estilo, ó como un libro propio para aprender y conocer la historia de nuestros mayores. Bastaba para el primer objeto con publicar el texto sin nota alguna; dado también el otro objeto era preciso ponerle notas, pero al alcance de los conocimientos modernos. Pues bien, véase la edición de los señores Gaspar y Roig. Ella no contiene más el texto, para que sirva de monumento literario, puesto que se le ha confundido y profanado con añadidos y continuaciones de tales ó cuales personas que en prendas de estilo sobra todo nada tienen que ver con el famoso jesuita. Ni puede servir tampoco para enseñanza de la historia de España, puesto que hay muchísimos errores y muchísimas omisiones en Mariana que no aparecen advertidos siquiera en la edición de los señores Gaspar y Roig. Así pues, ni como monumento literario ni como libro de historia merece figurar en los estantes y bibliotecas del curioso la nueva y tan ponderada edición de Mariana de los señores Gaspar y Roig.

Pero hay más todavía, y tan notable que quisiéramos callarlo por honra de nuestras letras. De las notas puestas á la historia de España en la edición de que vamos tratando, apenas hay una que no esté copiada ó extractada de ediciones anteriores, particularmente de la de Sabau, y en lo poco original añadido se notan errores que denotan más que mediana ignorancia. Como esta materia es de suya tan delicada, vamos al punto á poner ejemplos de lo que decimos, sacados del primer tomo de la nueva edición, para que todo aquel que se sienta con curiosidad para ello, pueda de por sí mismo convencerse.

Sirvan primeramente para muestra de la fidelidad, las siguientes. En la edición de Sabau se lee á propósito de la destrucción de Tarragona, libro 5.º, cap. 3.º: « Ningun escritor antiguo que merezca fe, habla de esta destrucción de Tarragona, y así debe tenerse por supuesto este hecho. » Y la de Gaspar y Roig dice, tomo 1.º, pag. 217: « debe tenerse por supuesto este hecho, porque ningún historiador antiguo lo acredita. » En la edición de Sabau libro 3.º, cap. 22 se lee: « Lívio dice: *duodecimo milibus bellum intum, quinto postquam P. Scipio provinciam in exercitum accepit*. Doto años después que se empezó la guerra; y cinco después que Scipion tuvo el mando del ejército y de la provincia. » Y en la de Gaspar y Roig, tomo 1.º, pag. 88: « Segun Livio fué doce años después que se comenzó la guerra y cinco después que Scipion tomase el mando del ejército y de la provincia. »—En la edición de Sabau, libro 9, cap. 13, se lee: « Los escritores árabes dicen que Hisyá llamado Jahá Aluápher, fué hijo de Hissen y nieto de Alunazar ó Alinoca. Véase Casiri Bibl. Arab. etc. Y en la de Gaspar y Roig, tomo 1.º, pag. 142: « Hisyá, llamado Jahá Aldhaper, hijo de Hiseaia, segun los escritores árabes. » Como serán nuestros lectores, fuera de haber empeorado el estilo y de haber expresado con menos claridad las ideas, nada de nuevo se encuentra en las anteriores anotaciones. Nosotros habíamos querido más franquear en los señores Gaspar y Roig, y ya que no sabían ó no podían poner anotaciones originales, que las hubieran copiado fielmente.

Pero si no nos parece bien la manera con que los nuevos editores de Mariana han copiado las anotaciones de otros editores, por poco tenemos aun la precipitación que demuestran las notas enmendadas y originales. Sirva de ejemplo entre otras la nota puesta debajo de la línea que representa el puente de Alcúttua. En la edición de Sabau pag. 68, tomo 5.º, dice en la nota: « Tenemos varias inscripciones por las cuales consta que Trajano hizo construir un puente

mente las dos puentes sobre el Danubio y el Tejo, sino otros muchos. En el de Alcántara se leen las inscripciones siguientes:—El puente de Alcántara es una de las obras más magníficas que nos han quedado de los romanos. Tiene de largo sesientosos setenta pies, y ancho, comprendidos los parapetos, veinte y ocho. Tiene solo seis arcos: los dos de enmedio son maravillosos por su anchura, pues cada uno de ellos tiene de ancho ciento y veinte pies castellanos, y las pilastres donde escriban treinta de circunferencia. La altura es de doscientos cuatro pies y medio. Desde el fondo del río hasta la superficie del agua trece y siete pies, desde la superficie hasta los arcos ochenta y seis, desde el principio de los arcos hasta el piso setenta y siete, y los parapetos cuatro y medio. En medio del puente hay un arco de once pies de ancho, y se levanta sobre el piso cuarenta y siete. Sobre el arco hay una torrecilla en la cual están grabadas las dos inscripciones que hemos copiado. Por la primera consta que el puente se acabó de construir en el quinto consulado de Trajano, y el año nueve de su potestad tribunicia que corresponde á los 106 de la era cristiana; en la segunda están puestos los nombres de las ciudades que contribuyeron para su construcción. En la extremidad del puente hay un pequeño templo cuadrifronto: los dos muros de los lados y el de atrás son de un peñasco solo. El techo es de varias piedras que hasta ahora, después de tantos siglos, no ha penetrado el agua. La frente se compone de tres piedras, las dos laterales y una transversal. El templo tiene veinte pies de largo y diez de ancho. Estaba dedicado á todos los Dioses de Roma, y á Trajano Emperador, y ahora lo está á san Julian. En la lápida transversal de la frente del templo, se hallan las dos inscripciones siguientes:—Este magnífico puente que había subsistido tantos siglos y resistido á las invasiones de tantos bárbaros, ha sido destruido por los ingleses en el 15 y 22 de mayo de 1809 para cortar el paso á los ejércitos franceses que los perseguían. Y en la edición de Gaspar y Roig, tomo 4.º, pág. 160, se lee: «Es una de las obras más magníficas que nos han quedado de los romanos. Tiene de largo 830 pies y de seis arcos, los dos de enmedio son maravillosos, pues cada uno de ellos tiene de ancho 100 pies castellanos, y las pilastres donde escriban 30 de circunferencia. La altura es de 204 pies y medio: desde el fondo del río hasta la superficie del agua 37, hasta los arcos 86, hasta el piso 77, y los parapetos 4 y medio. Hay en su medio el puente un arco de 11 pies de ancho, de alto sobre el piso 40, y en él se levanta una torrecilla con dos inscripciones, y por la primera se vé que el puente se acabó de construir en el quinto consulado de Trajano y en el año octavo de su imperio, es decir á los 106 de la era cristiana; en la segunda están puestos las nombres de las ciudades que contribuyeron para su construcción. El arco más pequeño fué reedificado por Carlos I., destruido por los portugueses y vuelto á reedificar. El arquitecto Cayo Julio Lacer.—Este magnífico puente que desfilara tantos siglos y resistiera á las invasiones de los bárbaros había sido destruido por los ingleses en mayo de 1809 para cortar el paso á los ejércitos franceses que los perseguían. Afortunadamente en nuestros días un ex-jesuita, aunque su reedificación se creía difícil y costosa, sino imposible, lo ha logrado con muy escasos medios.»—Como nuestros lectores conocerán cotejando estos párrafos, las enmiendas de los señores Gaspar y Roig no son de lo más escogido, ni de lo más honroso tampoco para sus autores. Por una parte aparecen equivocadas las medidas, puesto que en la edición de Sabau se dice que el puente tiene de largo 820 pies, y en la de Gaspar y Roig 830. Sabau es en esto apoyado por el autorizado Diccionario de Madrid que dá en todo iguales medidas al puente. El señor Sabau señala también la fecha de la conclusión del puente año 9 de la potestad tribunicia de Trajano y 100 de la era cristiana. Semerjantes errores se coronan dignamente en la nota de los señores Gaspar y Roig en asentar que el puente de Alcántara, destruido en la guerra de la independencia, haya sido reedificado por el célebre jesuita Plañez. Excepto los nuevos editores del Maritana todo el mundo sabe en España y fuera de España, que el reedificado no fué el puente de Alcántara sino el de Almaraz, y que el de Alcántara permanece aun intransitable y así permanecerá mucho tiempo si Dios no remedia nuestra inercia.

Nos haremos también cargo de una nota que verdaderamente pueden reclamarla para sí como original los señores Gaspar y Roig, la cual se refiere á los famosos toros de Guisando. Sabau dice nada sobre estos estrafalinos monumentos de la antigüedad, y los nuevos anotadores creyeron caso de honor el poner una amplia y detallada noticia de ellos. Pero quiso el diablo que se entrometiesen á hacer referencias históricas, y luego tiró de la manta y los dejó expuestos, no diremos á la risa, pero sí á la admiración pública. Allí se nos aparece Paulo Emilio haciendo campañas en la Persia, por más que el famoso romano ni corrió nunca por aquellas partes ni menos se entrometió á guerrear contra ellas. Tan grosera es la naturaleza de este error que caritativamente hemos querido á sospesar que ha-

blasen los editores de las campañas de Paulo Emilio contra Perses, rey de Macedonia, y que algun funeral cajista mal averiado con las citas históricas hubiese trocado el Perses en Persia. Pero á más de que la construcción de la frase parece rebuzar semejante suposición puesto que dice claramente en la Persia y el sentido, dañó el error de la idea, aparece perfecto, notamos que á ser cierta nuestra sospecha no la habrían dejado pasar sin ponerla en té de erratas los editores, puesto que aspiraban á hacer una edición notable, y es imposible tratándose de esto olvidar la parte de corrección. Por otra parte, tanto este error gravísimo como el no menos famoso del puente de Alcántara podrían haberlos corregido los editores en la segunda edición del tomo primero, que dieron á luz el año pasado, si algun escrúpulo les hubiera quedado de acierto. Parece pues evidente que desde 1827, que fué cuando salió á luz el error hasta 1840 en que hicieron una segunda edición, ninguna persona caritativa les advirtió lo de Almaraz ni averiguaron ellos que Paulo Emilio no gobernara nunca en Persia.

De omisiones no se diga. Ya hemos hablado de algunas de ellas muy trascendentales en general, y ahora para muestra y sin salirnos del principio de la obra, queremos apuntar á señalar otras. En la edición de Sabau, libro 15, pág. 34, hay una nota sobre la escocman de don Jaime, la cual se omite en la edición que nos ocupa y dice así: «El rey don Jaime castigó con una pena tan atroz á don Berenguer Castellarbal, obispo de Gerona, porque reveló algunos secretos de estado que le habia confiado, como se deduce de la carta que Inocencio IV escribió al rey reprendiéndole con palabras bastante graves esta acción. Los historiadores no dicen qué secretos fueron los que este obispo reveló; más como vemos el levantamiento de don Alonso, hijo mayor del rey, y de los grandes que seguían su partido, porque supieron que iba á dividir sus estados entre sus hijos, no es inverosímil que esta determinacion le hubiese consultado antes con el obispo á quien tenía particular afecto, y éste que no aprobaría una resolución dictada mas por el amor que tenía á sus hijos que por la sana política, no pudiendo disuadirsele, llenó de celo por el bien del estado y del reino procuraria hacerle saber á los grandes y á don Alonso. Viéndose pues don Jaime envuelto en una guerra civil que acaso le haria perder la corona, sospecharia que el obispo habia revelado el secreto de la división, á lo llegaría á saber por los mismos levantados. ¿Qué estrado es pues, que se detentase de furor, y en este estado le mandase cortar la lengua, para castigar un delito tan atroz? Sin embargo, cuando se puso mas tranquilo detestó esta acción, pidió perdón al Papa y se sometió á la penitencia...» En la pág. 39 del mismo libro se halla otra nota, omitida también por los Sres. Gaspar y Roig. «Consta por una escritura que publicó el maestro Berganza que Ramón Borriá era rico hombre de Burgos y alcalde de la misma ciudad.» En el tomo 8.º, pág. 241 de la misma edición de Sabau se nota el original de una inscripción acerca del sepulcro de Lucio Sison que se halla en castellano en el testamento de Mariana, la cual se suprime también en la edición de los Sres. Gaspar y Roig. Y juntamente podríamos hacer una larga enumeracion de las innumerables notas, importantes muchas de ellas, que se omiten en la edición que nos ocupa.

Hemos sido un tanto duros con los nuevos editores de Mariana, porque en verdad, quisiera tanto premiarlo, y quien tanto se ha dejado pagar por sus faenas, mucho mas debió de hacer para cumplir con el público. No hay edición ninguna que haya costado la mitad que esta que someramente acabamos de examinar, y cede á muchas de ellas en mérito, tanto por lo que mira á la parte tipográfica, como á las anotaciones y correcciones. Hemos ya dicho y debemos repetir, que mal que pese á toda la estampería y maniqueísmo de la nueva edición, nadie le cambiará pelo á pelo, ni aun dando algunos reales encima, con la soberbia edición de Valencia, apreciada por su corrección tanto como por su lujo, y que figura en las estantes de todo orudito de nota nacional y extranjero. Ningun hombre de su siglo cambiará tampoco por la edición que anotó el señor Sabau, con la cual han enriquecido (palabra testual) los señores Gaspar y Roig la grande obra del jesuita Mariana. Diríamos, para concluir este artículo, que, aparte cierta puercil esterilidad, ni merece, ni debe á nosotros cambiáramos nunca la nueva edición por aquellas famosas de Sanchez, de Liarte, de Roda Cano, y otras que dejamos por nombrar y que se encuentran por un ligero menor precio en el mercado.

LA HILANDERA.

Hace mucha tiempo dicen los narradores romancescos, nació una buena mujer en una aldea de Galicia, dejando una hija que estaba casada hacia algunos años. Esta habia prometido á la difunta



el producto de lo que hilara en su torno. Pero los corazones jóvenes son olvidadizos, y la cosa no fué dicha. Una noche, treinta y tres días después de la muerte de su madre, ambos esposos estaban recostados con su niño, de pronto creyeron oír en el cuarto el ruido que produce un torno de hilar, cuando está girando su rueda, y el niño despertado sobresaltado exclamó:

— ¡Oh! ¡abuelita! ¡abuelita!

Después se despertó de la cama.

El padre y la madre se levantaron á su vez, llamaron á su hijo sin obtener respuesta alguna, le buscaron por todos los rincones de la estancia, pero no consiguió hallarle. Sin embargo, el ruido del torno, que continuaba sonando, estimulaba mas y mas su inquietud, y aumentaba su espanto. Por fin amaneció, y se detuvo el torno; hallóse enredo de su hilo finísimo y suave, y el niño fresco y risaño, fué á ver al pie de la cama. Rendiose otras dos noches el mismo prodigio. La hija de la difunta, que habia oído referir otros sucesos acontecidos á sus hijos del mismo género, reconoció que el despertar la primera noche á su madre era lo que ocasionaba estos episodios nocturnos. Apresurándose pues, á hacer decir la promesa misma; y con este objeto de piedad, restituyó á su madre el reposo de una buena noche, y á su hijo la paz de su sueño inocente.

JUAN HOLGADO Y LA MUERTE,

EXTRACTO VERDADERO.

Pues señor, han de saber Vds. que habí un vez un hombre que se llamaba Juan Holgado, y á él que á nadie le podía venir por el nombre, porque el pobre no tenía mas que la comida y la tarde, tres cuartos de hambre y tres de necesidad. — Pero en cambio tenía un sueldo de hijos con unas trapaderas como tílirungas.

Dijole un día Juan Holgado á su mujer: — Esas criaturas son un

hato de trapalavas capaces de envullirse las estopas del óleo; no tomaría mas, sino comerme una liebre sola, á mi sabor, y sin estos años que de la boca me lo quitan — Su mujer, que era una bendita (mejorando lo presente), por no verlo rabiar con los hijos, vendió una docena de huevos que le habian puesto sus gallinas, metió una liebre, la guisó con caldo de empanada, y al día siguiente por la mañana le dijo á su marido: — Ah! tienes en el hato una liebre guisada y media hogaza de pan: vete á comértelas al campo, y luego proveyerla le hagan. — No se hizo el sordo Juan Holgado; sino que cogió el hato, y echó á correr que no veía la vereda. Después que se hubo metido legua y media debajo de los pies, se sentó al pié de un olivo mas satisfecho que un rey, se encomendó á Nuestra Señora de la Soledad, sacó del hato la ollita con la liebre y el pan, y se puso á comer. — Pero cate V. que, sin saber ni cómo ni por dónde, vió de repente sentada enfrente de él á una vieja vestida de negro y mas fea que un voto á Dios; era mas amarilla y mas descarnada que un pergaminó de Simancas; tenía los ojos hundidos y amortecidos, como candil sin aceite; la boca como una espuerta; en cuanto á nariz, aqui estuvo: no habia nada, ni memoria, perdone V. por Dios. — Maldita la gracia que le hizo á Juan Holgado aquella compañía liviana del cielo; ¿pero qué habia de hacer? — Como que no era ningún bárbaro, la dijo que si gustaba comer. — ¡ Toma! como que la vieja no queria otra cosa, le contestó que para no ser descortés admitía el favor: se rontó y empezó á comer. — ¡ Caballeros! aquello no era comer, sino devorar. — ¡ Qué agallas, cristianos! — En día por tres se metió la liebre entre pecho y espalda.

— ¡ Por via del dios Baco, que es el Dios de las varas — decia para sí Juan Holgado; — ¿pues no hubiese sido mejor que se hubiesen metido hijos cuando la liebre, que no esta vieja del demonio? Está visto, ¿el que tiene mala fortuna nada le sale derecho!

Cuando la vieja hubo acabado, que ni el rano de la liebre dejó, dijo:

— Juan Holgado, me has bebido muy bien la liebre.

— Ya lo he visto! — suspiró Juan Holgado.

— Quiero pagarte la liebre — dijo la vieja.

—Viva V. mil años— contestó Juan Holgado con sorna al ver el pelaje de la vieja.

—Si haré— respondió esta;— algunos mas tengo; pues has de saber que yo soy la muerte en propia persona.

Juan Holgado pegó un repulgo que fué flojo, en gracia de Dios!

—No le descajaringues, Juan Holgado, que contigo no va nada; para pagarte el beneficio la voy á dar un consejo: métele á médico, que por mí la cuenta que no ha de haber por esos mundos otro mas afamado y que mas psectas gane.

—Señá muerte, yo me contento con que no se acuerde su mercé de mí en una buena parvada de años; en lo demás, eso de médico no es para mí.

—¿Por qué no, hombre?

—Porque yo no he estudiado lo fino.

—No le hace.

—Señora, yo no sé ni latin, ni *Diego* (1).

—No importa.

—Señora, si no sé siquiera la *hara fria* (2).

—Eso no quita.

—Señora, si no sé contar mas que la *humidad* (3).

—Lo mismo tiene.

—Señora, si no sé escribir, que me tiembla el pulso; ni leer, que me estorba la negro.

—¿Dale, bota, dale!— dijo la muerte, que se la iba llevando el demonio con tantas dificultades— ¡Catamba contigo, Juan Holgado, que tienes la cabeza á prueba de bomba! ¿No te estoy diciendo que no importa, que no importa, desde una hora? Te digo que me dá un pelo del saber de los médicos; yo no voy ni vengo porque ellos me llamen ni me saquen; hago lo que me dá mi real gana, y me río de los médicos, que cuando se me antoja cojo á uno por una oreja y me lo llevo. Cuando se pobló el mundo no habia médicos, y por eso se hizo la cosa pronto y bien, y desde que se inventaron los médicos, se acabaron los metusalémes. Serás médico y tres mas, y si te atiegas, te llevo conmigo mas hijo que el reloj.—Ahora atiende y chiton. En tu vida de Dios, haz de recetar mas que agua de la tinaja, ¿estás?

Bien está, contestó Juan Holgado que estaba con la muerte que tenía y con mas ganas de darle una guantada que de escucharla.

Si cuando entres en una alcoba me ves sentada á la cabecera del enfermo, de resultamente que se muere, que no tiene remedio, y que lo preparan.—Si por el contrario yo no estoy allí, asegura que no se muere, y receta agua de la tinaja.

Con eso se despidió la feisima señora, haciendo una cortesía á la francesa.

Buena señora, le dijo Juan Holgado, no quisiera despedirme de usted con aquella de *hasta más ver*, y espero que su mercé tan poco obligará el deseo de visitarme, porque no siempre tengo yo tiempos con que regalarme, y esta fué una, y se la llevó el gato.

No tengas cuidado, Juan Holgado, contestó la muerte; mientras me vayas tu casa desconfiando, no apartaré por allí.

Juan Holgado se volvió á su casa, y le contó á su mujer cuanto le habia pasado, y su mujer, que era mas lista que él, le dijo, que cogido le habia dicho la vieja lo podia creer, porque nada habia mas sencillo y cierto que la muerte.—En seguida echó por ahí la voz que su marido era un médico de los pocos, y que no tenia mas que ir á un enfermo á la cama para saber si se moria ó se vivia.

Un domingo que estaban una porción de mozalejas á la puerta de una casa mas alegre que unas sonajas, acertó á pasar por allí Juan Holgado.

Acá viene Juan Holgado, dijo una de ellas, que al raho de sus años su mas la viene echando de médico.—¡Pues mire V. que salir ahora con esa soya de ensalada al cabo de Ramos Pascuas, parece casa de juego!— Si se habrá imaginado ese vejsterio que tiene unas lunas como un eslabon de madera, que no hay mas sino él decir, y las gentes creer, y no es mas sino pura bichenda y para que le dejen *Don Juan*, y el *Don* le sienta como á un burro un sombrero de copa alta; y todas se pusieron á cantar.

Don Juan Holgado

Allí en la esquina.

Parece un rano

De clavellinos.

¿Ya nos á darle una chasco á ese presunto? dijo una de las muchachas: me hizo mala ¿y á que se lo cree?

—Sí-ho y hecho. Las muchachas dejaron plantada una apuesta de ligos de luna que estaban teniendo, y en un decir Jesús estaba la que desmenuó la guesa metida entre palomas, dando cada ay! que

llegaba al cielo. Fueron las otras corriendo á llamar á Juan Holgado comiéndose la risa.—Acudió este, y al entrar notó en la puerta de la calle un rimer de cáscaras de ligos de luna tamaño y tan grande. En la alcoba, lo primero con que se dió de latres fué con su convidada la muerte, que estaba sentada á la cabecera de la cama mas seria que un ajo porro. Muy urata está, dijo entonces Juan Holgado y se vá.—¿Pues qué es lo que tiene? preguntaron las muchachas que á duras penas podian contener la risa. Tiene, respondió esta, una traquina de ligos de luna, y los ligos de luna son como las mugeres en nós, entre una á una y quieren salir todas á la par. Fué Juan Holgado, y á las dos horas estaba la muchacha con llos. Ojja á la consideración de Vds., caballeros, la fama que esto dió á Juan Holgado.

No habia por esos mundos enfermo de cuidado, ni se celebraba junta sin que asistiese á ellas Juan Holgado, que ganaba pesetas á manos llenas, que ni sabia qué hacer con ellas: compró á los hijos un Usia y unas placas que se colgaban por delante y otras llaves que se colgaban por detras. En cuanto á él, no quiso colgajos sino pasarlo bien: así fué, que se puso tan gordo, tan desarrollado, y tan despelotado, que daba gusto el verlo; tenia mas cara que el sol de Dios, mas papa que una cerca holandesa; las piernas como columnas; las manos como embuchados, y la barriga como la media naranja de la iglesia.

A todo esto Juan Holgado cuidaba grandemente de su casa. Cuando los chiquillos le habian hecho de chucos algun desastro, le habia hecho su padre en castigo, uno en sus pellejos. Siempre tenia en ella un albani que pagaba por años, reparándola, recordando lo que le habia dicho la muerte, de que mientras no se desconfiase su casa no apartaría por allí.

Pasaron los años, que cada vez corren mas, como piedra que rueda por una cuesta.

Los últimos venian de mala vuelta. Juan Holgado les ponía muy mal gesto, y ellos en venganza, el uno se le llevó el pelo, el otro las herramientas (1), otro le sacó el espinazo que parecia una hoz, y el otro le obsequió con una cojera.—Un dia se puso malo, y la muerte le mandó memorias con un morciélagu, lo que no le hizo á Juan Holgado maldita la gracia. Otro dia le acometió la pituita y la muerte le mandó á decir con una lechuzca que pronto lo visitaria; Juan Holgado le dijo á la lechuzca que se fuese á freír monas. Otro dia le dió un accidente, y la muerte le mandó á decir con un perro que se puso á aullar á la puerta que estaba en camino. Juan Holgado le tiró la multa al perro y le mandó á un *usa* (digo *cala* por no gastar una voz mas cruda, pues sé ánte quien hablo, y aunque basto, pues entre matas me crié, sé crianza, que mi padre me la enseñó con una cartilla de acobucha). Se empeoró el enfermo, y la muerte llamó á la puerta. Juan Holgado mandó atrancar, y asimismo me que no le abriesen; pero la muerte se coló por una rendija. Señá muerte, le dijo Juan Holgado con muy mal gesto, me digoléis que no vendríais mientras mi casa no se desconfiase; así es, que á pesar de los recaditos, yo no aguardaba á su mercé. Y qué respondió la muerte, ¿no te se han ido la fuerza? ¿no te se han caido los dientes y el cabello? tu cuerpo ese es tu casa. No sabia tal, señora, dijo el enfermo, así es, que flado en vuestra palabra, vuestra venida me sobrecoje.

Peor para tí, Juan Holgado, respondió la muerte, puesto que ¡ que está siempre prevenido nunca le sobrecoje ni turba mi venida, pero vosotros elegos estáis, cuando no conocis, que naci para padecer, y morir para descansar.

LOS CINCO SORDOS.

COASCABULLO.

Vivia un matrimonio sordo con su madre sorda, y tenían una hija y un hijo sordos. Han mal sus asuntos, y no habiendo pagado el alquiler de su casa por muchos meses, el dueño de la finca les mandó mudar. Una mañana que iba el marido á la plaza, se dió de quejas á boca con el amo de la casa: ¿Qué tal le va á V. en su casa nueva? le preguntó este al verlo.

¿Que me vá V. á embargar por lo que le adeuda? estándole asustado el sordo. No hombre no, no digo eso. ¿Qué hoy osina? tomó á exclamar el sordo estremecido, y echó á correr que habia los vientos hacer su casa, á lo que llegó desalado. En muger estaba malandanger, la gritó al entrar, manda fuera de casa las cosas de mas valor, que hoy nos van á embargar. Tu padre dice que no se haia el jarabe de malva laca blanca, que es el solo que me alivia el pecho! dijo la pobre enferma á su hijo. Madre dice que no me puede curar la coqueta; sin ella no puedo salir, dice que coquetame tó, dijo el hijo á su hermano. Su hermano se echó á llorar y le dijo á su hermana: mi her-

1. Col-ga.
2. Inco, rano.
3. Usia.

mató dice que José le habla á Petrola!! siempre pensé que ese mal nacido nos hacia cara á las dos.—¿Cooque al fin se ha sabido que fué el monacillo que le robaba las velas á san Pancracio? me lo sospeché y se la dije al sacristan, conectó la abuela.

El lector. ¿Esto es lo que llaman los audaces un chascarrillo? confieso que no le hallo ni chispa, ni sentido.

Fernan. Lo poco nunca dió mucho. Señor; pero no deja de ser éste chascarrillo un proverbio puesto en acción, y es el de: *cada uno trata de lo que mata*, y suele ser sordo á apuros ajenos.

EL CONVIDADO, ejemplo.

Habia dos hermanos, de los cuales el uno era pobre y el otro era rico. Muchas veces pedia el necesitado socorros á su hermano el rico. Un día este impacientado, porque tenia malas entresñas y no le gustaba dar, le tiró la moneda á su hermano á la cara; este que era bueno y humilde la recogió, se la llevó á su muger y le dijo. Toma ese dinero que será el último que le pida á mi hermano. Compra pan y lo que fuese menester para poner una ollita, y como será la última que comamos, voy á convidar á Nuestro padre Jesus Nazareno á que la venga á comer. En seguida se fué á la iglesia, se arrodilló ante el Señor y le dijo: Señor, yo no soy digno de que entreis en mi pobre morada, y á pesar de eso os vengo á rogar que en ella entreis para santificarla; bien poco tengo que ofreceros, Señor, pero quien dá lo poco, dá lo mucho si lo tuviese.

Al oirlo, inclinó el Cristo la cabeza en señal de que otorgaba la súplica, y el pobre se volvió á su casa con un gozo tan grande en el corazón, que no podía hablar de alegría, y solo podía llorar, tanto que parecian sus ojos dos fuentes. ¿Jesus! mi dulce ¿Jesus vendrá á la mesa del pobre? le dijo á su muger cuando pudo hablar: prepara la casa, sobre todo que este hogar.

La muger se puso á arreglar y asearlo todo en su pobre casa. Antes de medio día llamaron á la puerta; era un pobre que pedia limosna y tenia necesidad. Nada le negó, dijo la buena muger; pero la

comida está lista, poca hay, pero quiere decir que le daré mi parte á este desvalido. Agarró en seguida el pan, le cortó un canto, sacó un plato de comida de la olla, y se lo dió al pobre. Que lo comió y la bendijo.

Cuando vino su marido, viendo que la baya de comer se habia pasado, y que Jesus Nazareno no venia, se fué á la iglesia, se arrodilló y le recordó al Señor la promesa que le habia hecho. Fué á la casa le respondió Jesus, en ella me acogieron y dieron de comer, y la he bendecido.

El hombre se volvió tan glorioso á su casa y le contó á su muger lo que el Señor le habia dicho. Desde aquel día en la casa bendecida por el Señor, todo prosperó, toda fué felicidad.

Su cuñada que era muy envidiosa, deseaba saber el origen de la prosperidad del hermano de su marido, y se fué á visitarlos, haciéndoles mil carantoñas, y acabó por presuntarles lo que saber deseaba. Como sus cuñados tenían buena fé y sinceridad, le contaron como que habian convidado á Jesus Nazareno á su casa, y como este Señor misericordioso habia venido á ella y la habia bendecido.

Cuando la cuñada supo lo que saber quería, se lo dijo á su marido, y tan luego prepararon un suntuoso festin y en seguida fué el marido á convidar á Jesus. Que no rehúsó, porque á nadie rehúsa el Señor. Mientras lo estaban aguardando, llegó un pobre á la puerta y pidió una limosna; se la negaron, y como insistiese una y otra vez, la muger cojió una vara y le la dió con ella en la cabeza, y tan fuerte que lo hirió. El pobre se fué.

Viendo que Jesus no venia, se fué el marido á la iglesia y se arrodilló ante el Señor: notó entonces que tenia una herida en la cabeza.—Señor, le dijo, ¿no me habiais prometido de venir á mi casa?—Y fué, respondió el Señor, pero no habeis querido recibirme, me habeis echado de ella, y me habeis herido.

El hombre se fué desesperado:—al llegar á su casa, no halló sino escorbros; á la casa se le habia prendido fuego y todo lo habia consumido.

FERNAN CABALLERO.



LA CAZA DE LA MADRE HARPINA.

La Madre Harpina (cuyo nombre, segun algunos monógrafos, deriva de *Proserpina*; pero que creemos mas bien lo sea de la palabra normanda *Harpin*) (1) es una de esas hadas malélicas mas conocidas en Normandía. Oyésela por la noche, en medio de los aires, conduciendo una caza horrible, con gran gritaría y espantosos ladridos de su tralla. Si se la dice: *Parte en la caza*, se arroja un trozo de cadáver del que no podéis desentibaros; ya en nueve dias, inútil es que se entierre en el campo ó que se sepulte en las aguas, la espantosa presa vuelve por sí misma á engancharse en vuestra puerta.

Existen en Normandía varios demonios cazadores, además de la madre Harpina. Puede ser tal, por ejemplo: la caza de la *Mesquin Hennequin*, superstición muy antigua, puesto que se halla indicada

en las obras de Juan Chartier, Hase escrito mucho sobre esta última. Uno ha hecho proceder el nombre de *Henerupin* de Carlos quinto, otros de las dos palabras alemanas *Hella* *Knecht* (rey de los infernos.)

M. Paulin Paris ha sostenido en una larga disertacion que la *Mesquin Hennequin* ó *Herlesquin*, confundida con el fantasma de la muerte, se habia convertido insensiblemente en el personaje de *arlequin*; si la transformacion es real y verdadera, preciso será convenir en que es sumamente grotesca.

Estas cazas, que pasan en el aire con gran gritaría, son llamadas generalmente *hanailles* en Normandía. Cuando cualquiera las oye, hástale, para evlar toda desgracia, trazar en derredor suyo un gran círculo con el brazo estendido. Si los *hanarés* se atreven á salvar este hues preservador, quedan prisioneros hasta que se haya trazado en sentido inverso.

(1) *Harpie* pertenece al francés antiguo; y sobre esta palabra compuso Molière su *Harpagon*. Usase aun en Normandía para expresar un atrevo, y por estension, una persona mala y de dudada intención.

ADIOS A LA LIRA.

IMITACIONES DE SAMARTINE.

Hay en el brillante estío
Lánguidas inertes calmas;
De luz y vida la tierra
Parece hallarse cansada.
En las horas mas ardientes
El movimiento hace pausa;
Su caliz plegan las flores,
Sus alas encoje el aura.
Así del hombre en la vida
La edad mas fuerte y lozana,
Parece que al pensamiento
Marchita las frescas galas.
La ilusión se descolora,
Languidece la esperanza,
Y á los tonos de la lira
No se presta la garganta.
El ave de voz mas dulce
No siempre gozosa canta,
Que en el ardor de la siesta
Yace muda en la enramada.
Solo saluda su acento
La luz benigna del alba,
Y en la tarde se despidе
Del crepúsculo que pasa.
En vano ¡oh lira! tus cuerdas
Armonícos sonos guardan;
Llegó para mí el estío,
Y goza su siesta el alma.
¡Ven! ¡de mis ojos recibe
Esta lágrima... y descansa!
Sobre tus cuerdas sonoras
Corrieron ¡oh lira! tantas!
Es el tesoro que abunda
En aquesta tierra ingrata,
Do tienes por solo adorno
De ciprés mustia guirnalda.
Toda voz que al viento envías
Es melancólica, infausta,
Que el ruisenior y el poeta
Para lamentarse cantan.
Enmudeces en las dichas,
Que solo sabes llorarlas,
Y eternizar sus recuerdos
Despues que volaron raudas.
Así mi fiel compañera
Siempre fuiste en la desgracia,
E ibas conmigo entre sombras
A una tumba solitaria,
Do en tanto que yo gemia,
Besando la lusa helada,
Los céfros de la noche
En tu centro suspiraban.
Jamás cautiva te tuve
Al umbral de regia estancia,
Ni de ensañados partidos
Atizaste la venganza.
Libre como el pensamiento,
Y cual él altiva y casta,
Fuiste siempre un eco digno
De afectos nobles del alma.
¡Cuántas veces en las selvas
Saludaste la alborada,
Y despertando á tu acento
Respondió el ave en las ramas!
¡Cuántas el ástro fulgente
Tu despedida oyó blanda,
En tanto que lo cubrían
Nubes de púrpura y gualda!
Tambien del mar en los llanos
Buscando estrangera playa,
Al silbar el viento roneo,
Al mugir las olas bravas,
Tus agrestes armonías
Volaban sobre las aguas,
Como el pájaro atrevido
Que se mece en la borrasca.

Tal vez ¡oh lira! á volverte
A la mano que hoy te lanza,
Del porvenir llegue un día
Que ya el destino señala:
En aquellos años tristes
Que anteceden á la parca,
Que se acerca silenciosa
Su quietud brindando larga.
A los hombres el olvido
Juventud nueva prepara,
Y luce siempre mas viva
La lámpara que se apaga.
Igual el cólor puro
Sopla en la tarde y el alba,
Y juega en nacientes rizos
Como en cabellos de plata.
La vejez no abate á Homero
Aunque de nieves cargada,
Y la luz del pensamiento
Al ciego Milton le basta.
Así yo... mas ¡ay! acaso
Me seduce ilusión vana,
Y el triste adiós que articula
Será eterno, lira amada!
Acaso el destino impio
Que tan tenaz me trata,
En el piélago del mundo
Naufragio horrible me guarda.
Del huracan al bramido
Será mi voz sufocada,
Arrastrándome las olas
Cual á esas ligeras algas.
¡Mas vive tú, lira mia!
¡Sigue el curso de las aguas,
Sigue el impulso del viento
Y escóllos y sirtés salva!
Y la hueña armoniosa
Que traces, siguiendo vaya,
En los aires suspendida,
De cisnes la turba alada!

G. G. DE AVELLANEDA.

Traducción inédita de Heredia.

Para que nuestros lectores puedan juzgar del mérito de la traducción, ponemos enfrente de ella el original italiano:

EL PINO É EL MELOGROANATO.

« Fausta ti fu la sorte,
Che sotto l'ombra mia nascer ti feo, »
Diceva un ampio ed orgoglioso pino
Ad un melogranato suo vicino;
« Allor che vien muggiando il nembro orrendo
Tu di lui non paventi, io ti difendo. »
Rispose l'arboscello: « É vero, é vero;
Ma mentre un ben mi dai,
D'un maggior ben mi spogli;
Mi difendi dal nembro, é il sol mi toglí. »
Cosí talvolta un protettor sublime
Par che ti giovi, é le tue forze opprime. »
ANSELMO BERTOLA.

EL PINO Y EL GRANADO.

« Te fué grata la suerte
Al dignarse ponerte
Bajo la sombra mia »
Así altivo decía
Un elevado pino
A un humilde granado, su vecino.
« Por mas que brame el huracan horrendo,
No tienes que temer; yo te defiando. »
« Cierto es, dijo el arbusto; me protejas
Cuando tal vez el huracan se irrita;
Pero siempre tu sombra el sol me quita. »
Así tal vez un protector sublime,
Bajo apariencia de favor, oprime.

JOSÉ MARIA HEREDIA.